

NUESTROS POETAS.



JOSE FORNARIS.

+ EN LA HABANA EL DIA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1890.

## SUMARIO.

TEXTO: CRI-CRIS, por Ramón A. Catalá.—Tu carta, contestación, poesía, por Nicanor González.—Escobar.—Mis cantos, poesía, por José Fornaris.—Lógica árabe, por Francisco Hermida.—¡Vuelos del alma!, poesía, por Lola Rodríguez de Tió.—El teatro, por Federico Villoch.—Moléculas, por Juan B. Ubago.—Sátiras, por Manuel S. Pichardo.—Bejuquito, por Nicolás Heredia.—Epigramas, por A. Angelet.—CRÓNICA, por Raoul Cay.—Retazos.—Anuncios.

AUTÓGRAFO, por José Fornaris.

GRABADOS: Portada, por Oscar Held.—José Fornaris.—Nuestras Autoridades.—Parodias al lápiz por Torriente.



Cada día que pasa nos convencemos, más y más, de la utilidad que reporta á la juventud alegre el uso del danzón más ó menos repiqueteado.

Decimos esto, porque desde que en Jesús del Monte se ha fundado la sociedad de asaltos *El Porvenir*, todo es felicidad y alegría en aquella pintoresca cuanto honrada localidad.

Antes, las señoritas Jesús-montesas estaban pálidas, taciturnas, no pensaban en el amor, sino en el suicidio, padecían mucho del corazón y del estómago y ni siquiera podían soñar en el matrimonio como solución pacífica, porque la escasez de jóvenes y la situación escabrosa del terreno se lo impedían completamente.

Ahora es otra cosa. Los asaltos de *El Porvenir* les ha hecho colorear el rostro y cambiar el traje. Hoy hacen unas digestiones preciosas y no piensan más que en los pantalones anchos de los jóvenes que asisten á los asaltos, en clase de venenosos emponzoñados.

Da gusto vivir actualmente en Jesús del Monte. Los troncos de familia no desean otra cosa, sino que les den un *asalto*. Así es que desde muy temprano se asean perfectamente y se dan lustre en la cara y en los botines para recibir á los de la comisión, con la brillantez necesaria.

—Sr. Mengáñez, venimos á avisarle á V. que el próximo baile pensamos ofrecerlo en su casa.

—Muchas gracias, jóvenes. Me honran VV. muchísimo; pero avisenme con tres ó cuatro días de anticipación para prepararme.

—¡Ah, no! Ha de ser sin preparación. No queremos que V. haga gastos de ninguna especie.

—Si no lo digo por eso. Es porque padezco mucho de los callos y quiero recortármelos con tiempo.

Vamos, que es un encanto la vida en aquella barriada. La animación ha cundido y la esquina de *Toyo*—que viene á ser la acera del *Louvre* de allí—se ve frecuentada por multitud de personas, que no hablan más que de *El Porvenir*.

—Chuchú me ha dado la *quinta*.

—¿Qué *quinta*?, la del *Rey*?

—No, hombre. La quinta danza.

—Pues yo tengo la última, y voy á pedir que me toquen la *contra*.

—No te la tocarán; por que en *El Porvenir* todos van en pró. Nadie va en *contra*.

Los jóvenes, por su parte, no piensan más que en la cuota mensual. Primero pierden el bastón de yaya, que dejar pendiente el recibo del mes. Por eso la sociedad está próspera y pueden invitar á los jóvenes de la prensa, que son luego recibidos con mucha amabilidad y dulzura por el asaltado.

Al poco rato de llegar, les toman del brazo y les dicen:

—Yo no tengo pretensiones de ningún género; pero quisiera que V. dijera algo en su periódico de aquella joven que está allí al frente. Mírela V. de lado, porque es bizca y puede V. asustarse.

—¡Caramba! Es verdad. ¿De dónde la ha sacado V.?

—Vive en la calle de Enamorados; pero no tiene ninguno.

—Lo comprendo.

—Pues bien. Yo deseo que V. le diga algo, porque la pobre no ha bailado todavía ni un cedazo y podría disgustarse si no se viera en letras de molde.

—Bueno, bueno, saldrá en la longaniza.

Todo lo narrado demuestra á las claras que los vecinos de Jesús del Monte, han entrado en una senda de adelantamiento que nos llena de regocijo. Ya tenían ellos un *Progreso* que de

día era escuela y de noche salón de baile. Ahora tienen un *Porvenir* de bailes nada más. Bien, bien, á bailar, á bailar.

En los bailes aprenden las muchachas á desconfiar de la bondad de los hombres, y los hombres á dudar de la inocencia de las muchachas. En los bailes se cultiva el trato, se suda la camisa, se rompen los zapatos. ¿Qué más? ¡Ah! Sí, la juventud se enamora perdidamente.

Eso es; *perdidamente* . . .

RAMÓN A. CATALÁ.

## TU CARTA. (1)

## CONTESTACION.

« Sólo sabe ir á ti mi pensamiento. »—*Campanor.*

Llegó tu carta á mi como la brisa  
Que á un campo erial en la mañana orea,  
Y vi en cada una letra tu sonrisa;  
Y en cada una palabra ví tu idea.

Si esa carta «es feliz porque á mí viene, . . .»  
Dime, ¿qué será aquel, soñada mía,  
Que la ventura incomparable tiene  
De que deshojes rosas en su vía?

Cada una de las gotas que han brotado  
De mis ojos al tiempo de leerla,  
Quisiera yo, para tu seno amado,  
Convertir, mi paloma, en una perla.

Déjame, de mi dicha en los excesos,  
Inmergirme en celestes efusiones;  
Y ya que no te puedo dar mis besos,  
Déjame que te dé mis bendiciones.

¡Cuánto, cuánto gocé con su lectura!  
—¡Sábelo Dios, y tu alma lo adivina!—  
Para expresar tan célica ventura  
Es la dicción humana muy mezquina.

Maldigo al hado, que implacable quiso,  
Rehacio de mi alma á los empeños,  
Que llorases tu hermoso paraíso,  
Eva gentil de mis azules sueños.

Consuélete saber que una por una  
Recorre enagenada mi memoria  
Las páginas que quiso la fortuna  
Que fuesen las más bellas de mi historia.

Que cruzan por mi frente, sonriendo,  
Burlándose del tiempo y del olvido,  
Remembranzas que vivo bendiciendo,  
Flores eternas de ese Eden perdido.

Que en estas noches de apacible calma,  
Recuerdo, disipando mis enojos,  
Las veces ¡ay! que bauticé mi alma  
En el Jordán de tus rasgados ojos.

Son tus memorias de mi ser perfume,  
En ellas apaciento mi tristeza;  
En ellas mi existencia se resume,  
¡Fuente inmortal de amor y de pureza!

Aún vibra en mis oídos un acento,  
Dulce, como la brisa de las playas,  
Que me dice, con hondo sentimiento,  
—«¡No te vayas, bien mío, no te vayas!»

Una modulación acariciante  
En mis insomnios sin cesar escucho,  
Como gemido de tojosa amante,  
Que me repite:—«¡Yo te quiero mucho! . . .»

Para este corazón con que te adoro  
Fué tu amor un manjar tan regalado,  
Que vivo y pienso y hablo y río y lloro,  
Sónámbulo perpetuo del pasado.

En este corazón vives tú sola,  
Como en desierto erial garrida palma:  
Sí, como lleva un mártir su aureola,  
Así llevo tu imagen en mi alma.

Y no podrán ni el tiempo ni la ausencia  
Quitarme tu recuerdo idolatrado:  
El vaso que de rosas tuvo esencia  
Guarda siempre perfume delicado. . . .

¡Adiós, adiós; escríbeme amonado,  
Pues son tus cartas mi única alegría,  
Y aunque jamás de tu constancia dudo,  
Repíteme, soñada, que eres mía!

(1890.)

NICANOR A. GONZALEZ.

## ESCOBAR.

Este notable escritor y buen amigo, nos escribe de Madrid—donde parece que seguirá residiendo, en contra de lo que por aquí se dice—y nos remite, con un artículo de su pluma, donosísimo, el retrato y autógrafo del original periodista Sr. D. Angel Muro, autor de las famosas *Conferencias Culinarias* que actualmente se han puesto de moda en la Corte.

Al anunciar á nuestros lectores la próxima publicación del artículo, retrato y autógrafo dichos, enviamos al consecuente compañero que no nos olvida, un doble saludo de afecto y de gracias.

(1) Primer premio del certamen verificado recientemente por la sociedad literaria *El Progreso*, de Sti. Spiritus. Nicanor A. González es uno de los más renombrados poetas de Matanzas. Nicolás Heredia publicará un juicio acerca de sus méritos en *EL FIGARO*, y éste, su retrato.—*N. de la R.*

MIS CANTOS.

Celebre Horacio al árbitro de Italia,  
al que llevó con ánimo arrogante  
en doble pica el águila triunfante  
por los famosos campos de la Galia;  
al que á Pompeyo derrotó en Farsalia,  
al que reinó fortísimo y pujante,  
desde los senos de la mar Atlante  
á las selvas remotas de Tesalia.  
No envidio, nó, la lira que en el Tíbre  
ensalzaba de César la fortuna,  
y del noble romano el poderío;  
yo prefiero cantar con alma libre,  
la luz del cielo que alumbró mi cuna,  
y el blando son de mi paterno río.

(1888).

JOSÉ FORNARIS.

LOGICA ÁRABE.

A Raoul Cay,  
que estuvo en Argelia.



En una de las tardes de los inolvidables días que pasé en Argel, fuí á dar un paseo por las alturas de El Biar, sitio frondoso como he visto pocos.

El azar, que á veces ha sido muy noble conmigo, hizome conocer á un señor de aspecto muy simpático y que luego supe era un periodista que se apellida Servet.

—Paseábamos, cuando vimos, á lo lejos, que un morazo tremendo descargaba fuertes palos sobre un pequeño borrico.

Mi compañero me dice: Aquí hay un adagio que es verdad y ese mozo nos lo está probando; el adagio es este: el borrico lleva por sí solo todo el peso de la civilización, porque el cristiano golpea al judío, el judío al árabe y el árabe al borrico.

Así hablando, el moro descomunal pasó por delante de nosotros, sin poner fin á su tarea de apalea al borrico.

Movido de compasión, mi compañero, le dijo al moro en francés:

—¿Por qué apaleas tu borrico? Nos miró de un modo siniestramente extraño.

—Te he dicho que porqué le pegas. Otra mirada más siniestra.

—¿No sería mejor que descargaras á ese animalito un poco, fueras menos codicioso y arrojaras al suelo alguna de esa leña que el borrico no puede cargar?

—Y bien, respondió el árabe en un francés horrible, si piensas que he robado el burro y quieres molestarme, te equivocas. Puedes llevarme ante el gendarme, ante Mr. Tirman, (1) si quieres. No tengo miedo porque el burro es mio. Lo he comprado del mismo modo que allá en Europa hay hombres que compran mujeres y mujeres que compran hombres ¡qué asco! He comprado mi burro, me ha costado poco, pero me cuesta mucho el mantenerlo. Bien puedo pegarle. Soy su superior.

—No tratamos de denunciarte, ni dudamos que hayas comprado el burro. Lo que queremos, es que no lo castigues así, pues vas á reventarlo.

—De modo, que reconoces que el burro es mio y muy mio y que no hay duda de ello . . . ?

—Sí, sí, lo reconocemos.

—Y pretendes después de eso, impedir que le pegue á mi burro, que es muy mio?

—Eso pretendemos.

—Pretensión bien injusta! ¿Voy yo acaso á tu tierra á prohibirte que pegues á tu mujer si la tienes, ó á tu perro, ó á tu hijo, ó á tu borrico, ó á tu criado . . . ó á quien te dé la gana? Y si en tu país tratara yo de defenderlos, cuando le pegas á tu burro, ó á tu mujer, te apresurarías á llamar al gendarme, ó á emprenderla á golpes conmigo, porque me metía en tus cosas. Entonces, eres un hombre injusto, lárgate á tu tierra á castigar á tu burro, ó á tu hijo, ó á tu mujer, que tal vez le haga mucha falta, y deja á los demás pegarles á los suyos cuando les parezca conveniente.

Esta lógica árabe nos aplastó, y yo, por mi parte, mientras estuve en Argelia, no olvidé la lección, ni la he olvidado aún. Por el contrario, la tengo muy en cuenta, porque cada vez los hombres y las cosas me demuestran con mayor evidencia que nada hay tan juicioso como el no meterse en lo que á uno no le importa.

Le he dedicado este cuento, archi-simpático Cay, no porque usted necesite aprovechar su filosofía.

Son otros que se mezclan en todo los que han de aplicarse el cuento.

(La Habana, Sebpre., 1890).

FRANCISCO HERMIDA.

(1) Mr. Tirman es el Gobernador General.

¡VUELOS DEL ALMA!

(A LUCRECIA SÁNCHEZ.)

Con ritmo cadencioso y elocuente  
quiero expresarte el sentimiento mio;  
que no de otra manera en su corriente  
lleva un idilio sollozando el río . . .

Vuele mi voz exenta de congojas  
con el tranquilo amor que la dilata,  
que con dulce rumor vuelan las hojas  
cuando su esencia el sol les arrebató . . .

Auras de paz y vientos de fortuna  
á tu alma lleven mi canción serena,  
como el trémulo rayo de la luna  
lleva la onda á la dormida arena.

Vuele á tí mi cantar como la brisa  
alegre vuela en torno del capullo . . .  
y en el nido de amor de tu sonrisa  
vaya á buscar para mi afecto arrullo.

Lleguen á tí con alas de paloma  
los versos que escribiendo va mi pluma.  
Tú eres fulgor que en el oriente asoma,  
alba que aleja la flotante bruma! . . .

Tú eres el lirio que en el soto umbrío  
abre á la luz el seno immaculado,  
recogiendo las gotas del rocío . . .  
collar de breves perlas desgranado.

Eres el ave que cantando amores  
respondes á mi voz con vivo anhelo,  
como responde á las marchitas flores  
con su sonrisa bienhechora el cielo!

Y hoy que la juventud dora tu frente,  
dándote el esplendor de la hermosura,  
vaya á arrullar mi canto dulcemente  
tus sonrosados sueños de ventura! . . .

(Stbre. del 90.)

LOLA RODRIGUEZ DE TÍO.

EL TEATRO.

EL PRIMO DONNO.



E oye decir cuando pasa:

—¡Mírale, es ese: el marido de la tiple!

A lo que siguen comentarios que levantan ronchas, ó hacen asomar á los labios sonrisas maliciosas.

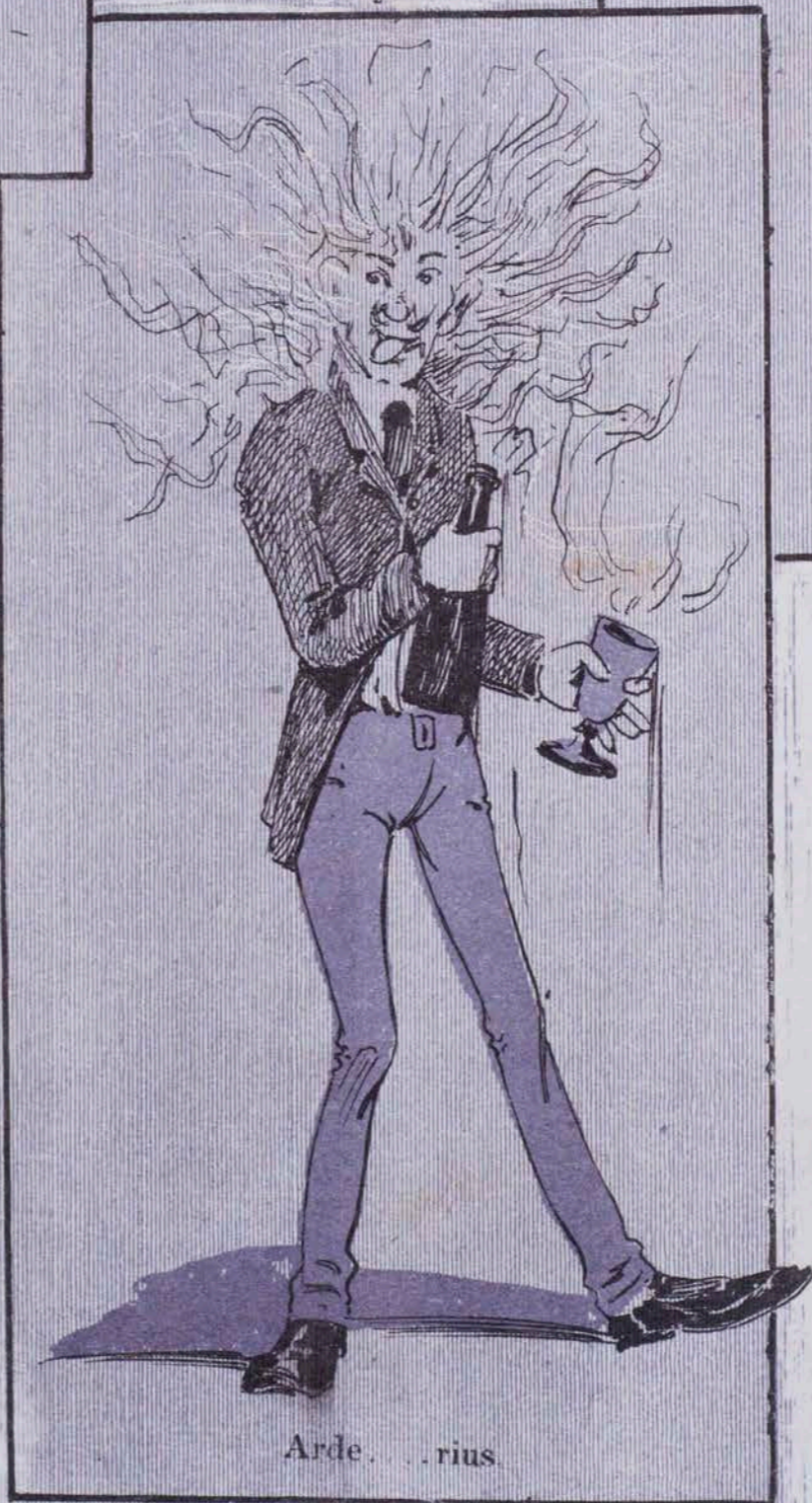
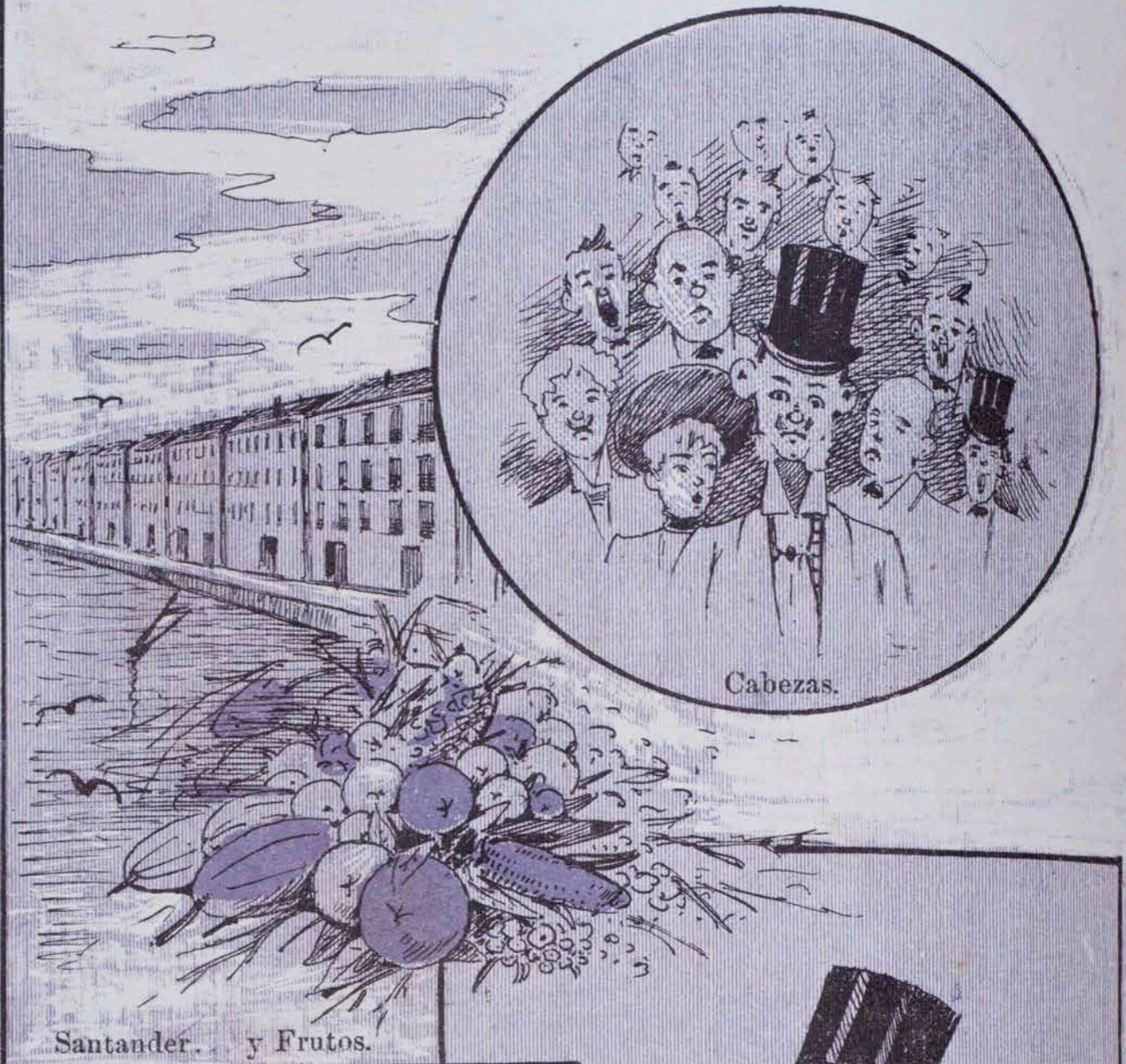
No he de describir su físico, porque el aspecto exterior nada dice del hombre y, por otra parte, ¿que puede importárenos que sea grueso ó delgado, alto ó pequeño de estatura?; si bien es oportuno advertir que, gracias á la buena y descansada vida que le ha deparado el destino, suele desarrollársele el vientre y engruesar más de lo que á la belleza estética conviene.

¿Fué alguna vez conquistador de bastidores? ¿En su juventud perteneció á la zarandeada clase de sietemesinos? No fué esa condición precisa para que entrara á formar parte en el que va siendo ya numeroso gremio de primo donnos, y puede que, por el contrario, más le valiera la cualidad de hombre grave y serio, que las piruetas y las rondas obligadas del memo enamorado, que casi siempre se alimenta de esperanzas, y ve como otros, á sus ojos, se comen la olla que á ciencia y paciencia ha puesto al fuego. Amigo de confianza del empresario, era en la casa el preferido á quien las niñas se ven en el caso de agradar, y don Fulano por aquí y don Fulano por allí, se vió solicitado por la comiquería desamparada, que echaba mano de su protección y á ella se asía como á la tabla salvadora. De ahí que la partiquina se vió en el caso de corresponder un día á su pasión, y andando el tiempo y las cosas, no fué posible que la esposa de don Fulano desempeñase en la compañía el desairado papel de «Perro flaco», y la empresa, en gracia á sus servicios, más que á sus méritos, y por corresponder á lo mucho y bueno que por ella había hecho don Fulano, no dudó un momento en ceder á la muchacha el puesto de la segunda tiple y, poco tiempo después, el de la primera.

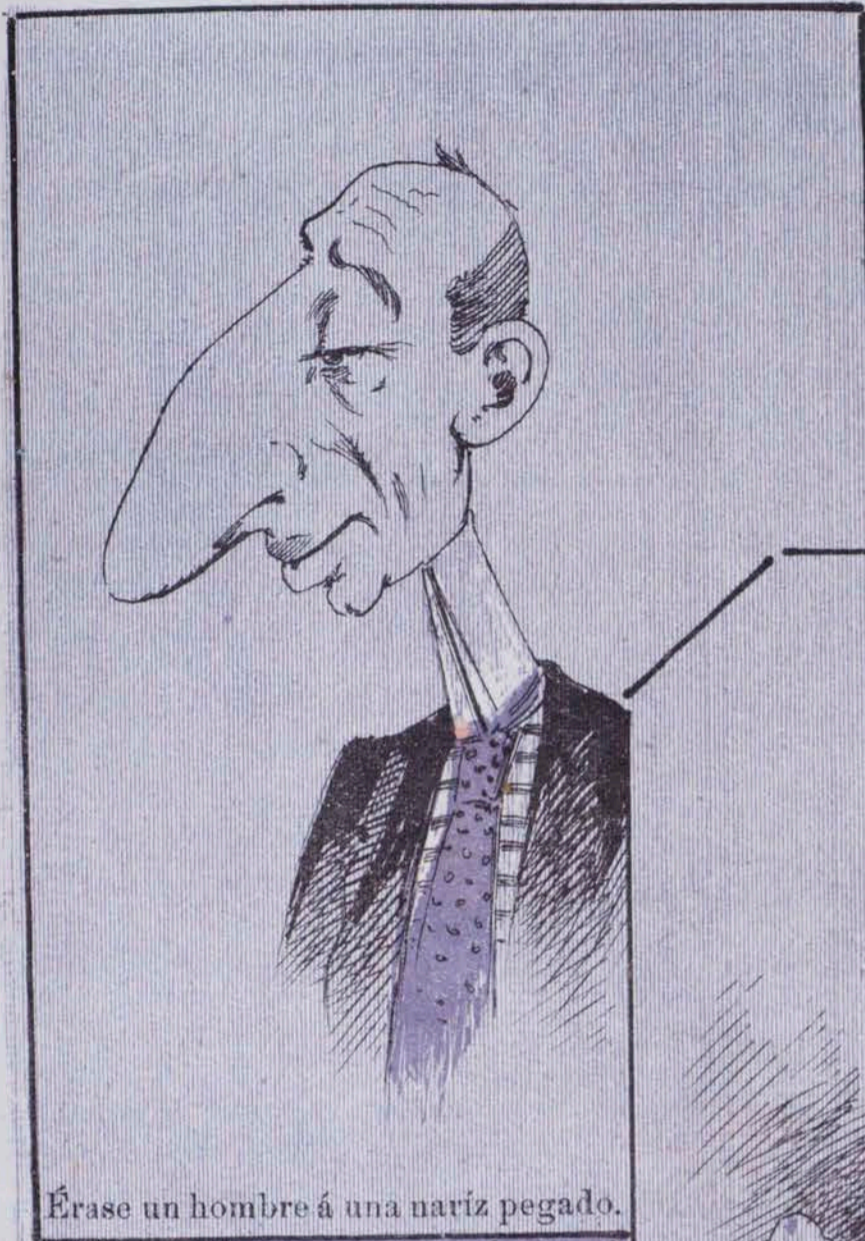
Y ya primera tiple su esposa, don Fulano pensó que ahora le tocaba á él ascender y que se rebajaba la importancia de la artista si él continuaba en su puesto de redactar programas, combinar funciones, señalar beneficios y correr con los chismes de la prensa; por lo que se dijo un día, que mejor sería no hacer nada como no fuera en prestigio de su esposa. Y desde entoces . . .

En el teatro, él la acompaña hasta el camarín, dándole el brazo, muy complacido de pasear su hermosura por los corredores donde la multitud se apeñusca para verla; ya en su cuarto, la suelta y tira él por un lado, dirigiéndose á charlar un rato con el tenor, para decirle entre bromas y veras que no es él quien puede con la voz de su señora y que en el duo de la noche anterior, gracias á los esfuerzos de ella, pudo conseguir

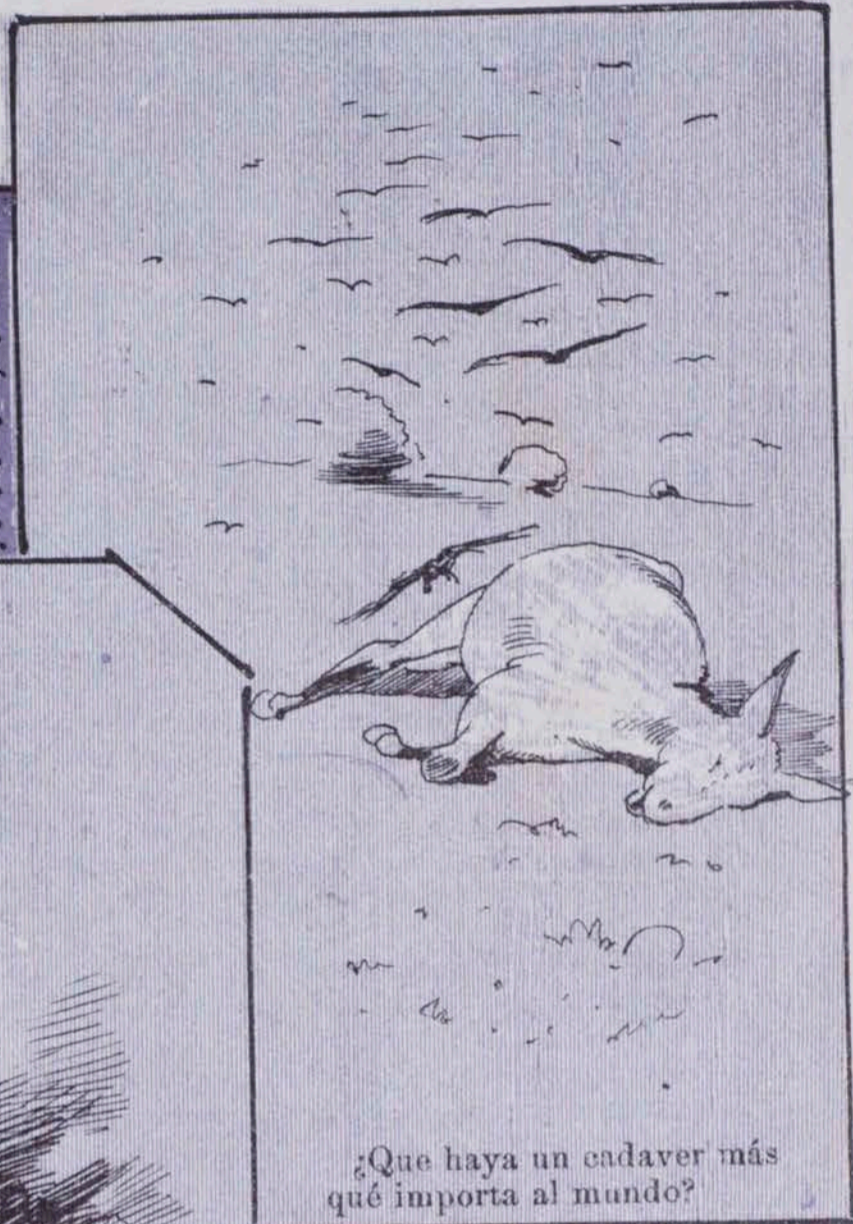
# NUESTRAS AUTORIDADES.



PARODIAS AL LAPIZ.



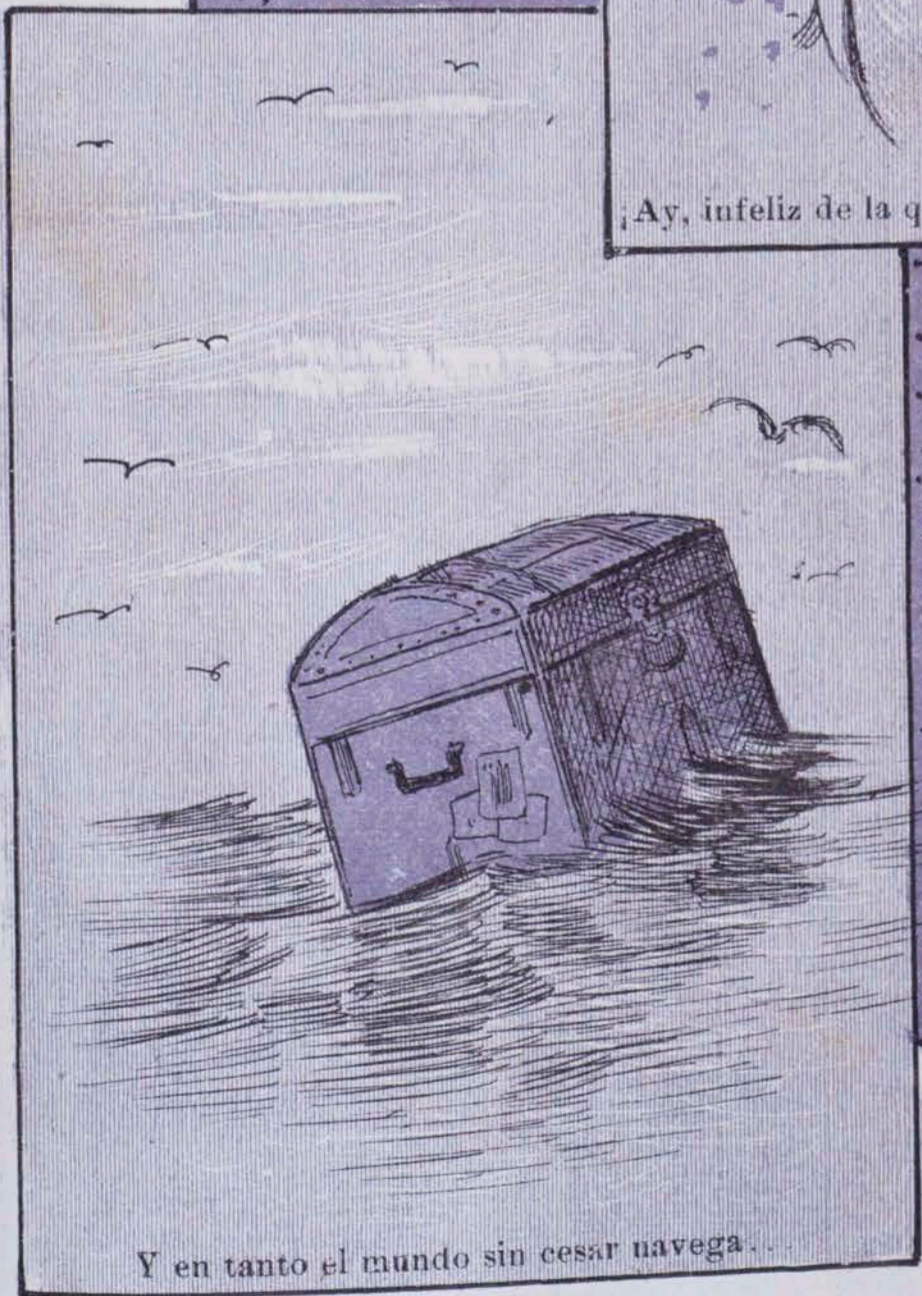
Érase un hombre á una nariz pegado.



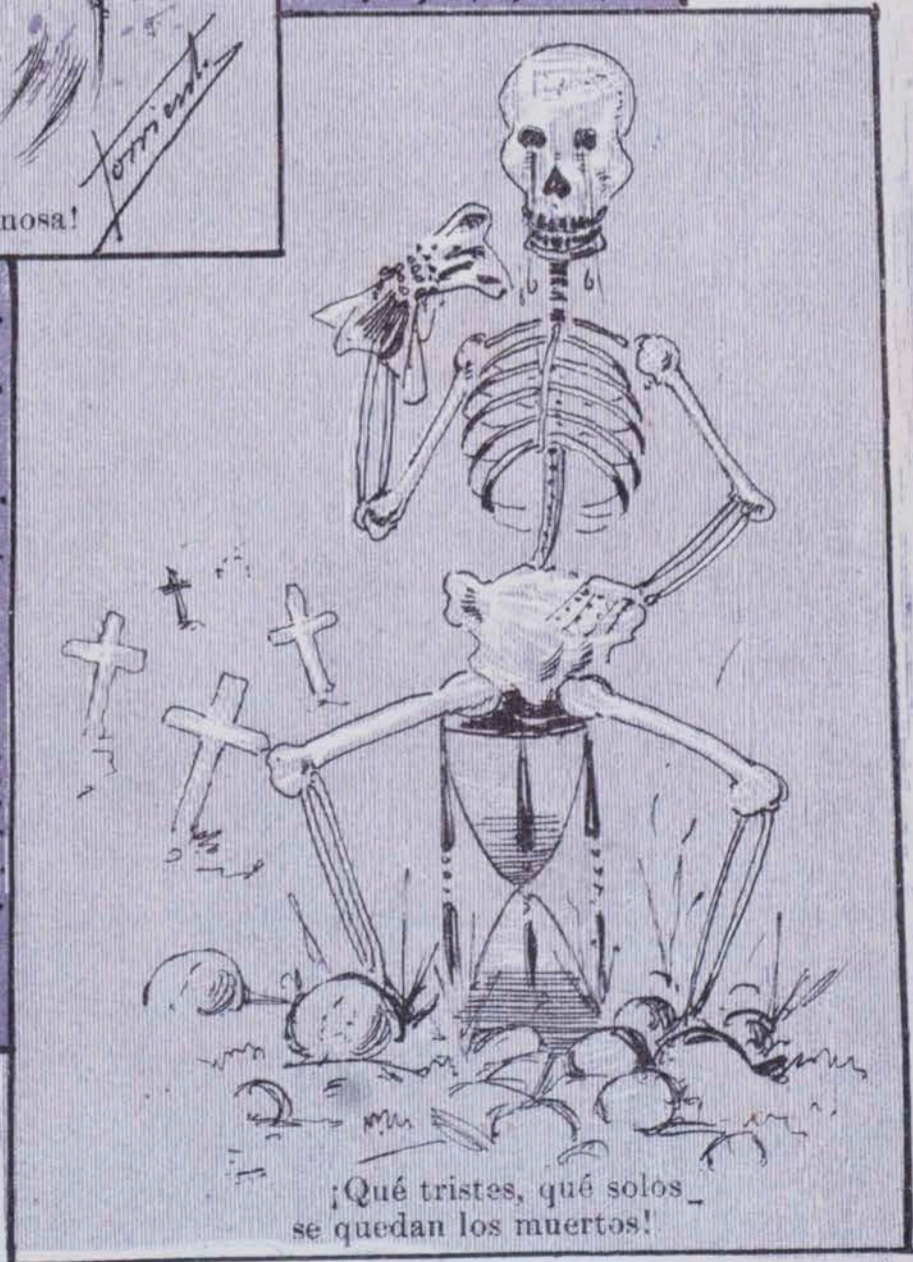
¿Que haya un cadaver más que importa al mundo?



¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!



Y en tanto el mundo sin cesar navega.



¡Qué tristes, qué solos se quedan los muertos!

un aplauso de la sala. Después se sonríe, dándole una palmadita en el hombro y como si quisiera decirle que todo ha sido una broma y nada más. Pero el tenor, que ya está acostumbrado á estos chistes del primo donno, continúa dándose carmín ó arreglándose el bigote, indiferente, mientras el otro, muy satisfecho de la broma, se acomoda en el diván, envuelto en la espesa y flotante nube de su aromático veguero.

Durante la representación, pasea por los corredores con el oído atento á los comentarios; si está seguro de que nadie le ve, es el primero en dar la señal del aplauso; y en el palco de los periodistas anuncia la lata que al día siguiente irá á continuar de redacción en redacción. Unos llevan su gacetilla redactada en el bolsillo; otros saben imponerse por la irresistible fuerza de la simpatía.

Ya tiene para rato cuando la señora anuncia su beneficio: que redactar el saludo al público, que combinar el programa, que colocar las localidades, que mendigar las gacetillas, que estar al tanto de los carteles, que esto, que lo otro, que apurar á la modista, que suplicar á los compañeros; una vez al año vuelve á ser el don Fulano de aquellos sus días de soltero. Luego, la noche de la función, desde las seis de la tarde no tiene ya un momento de reposo hasta que, terminada aquella, vuelve al hotel. Apenas come el último bocado, su esposa le echa el abrigo sobre los hombros, le encasqueta el sombrero y allá lo manda á ver cómo anda la reventa y si quedan aún en la taquilla, la fila ésta, el palco aquél, la delantera cuál, que á última hora han venido á solicitar á costa de cualquier precio, y si surge algún incidente, y si el empresario ha accedido al fin á su pretensión, y si abundan los regalos, y si todo está dispuesto y preparado para que nada falte y no se tire una *plancha*. Aquella noche se desquita de todo un año de holgazanería, tranquilidad y buena vida; suda la camisa, traga un poco de bilis, se mueve, se agita, va y viene; y cuando, después del triunfo, se arroja en el lecho, destroncado, se duerme con la satisfacción de que ha ganado honradamente su pan y de poder decirse que es el digno compañero de aquella mujer incansable.

Pero esto no dura más que una noche: después vuelven los tranquilos paseos al teatro, la siesta en casa mientras duran los ensayos, los triunfos, las felicitaciones y las envidias, en cuyo vértigo se mece como hombre seguro de su porvenir y de su fama.

En aquella vida del arte él tiene la parte prosaica, que desempeña á maravilla y muy á gusto de su esposa.—Paga á la lavandera, liquida con el fondista, riñe con la modista por el precio de un vestido, le ajusta las cuentas al empresario, y si hay que hacer algún giro á Ultramar, para saldar deudas atrasadas, es él quien va á casa del banquero y con él se entiende.

Si la suerte lo hace papá, él lleva el chico á la escuela y está al tanto de su ropa y su calzado y es quien corrige sus majaderías y le asiste en sus enfermedades.

Ella, muy agradecida de la gestión de su esposo, dice que él es su brazo derecho; y como no ha de ser manca de tan importante miembro, allá le lleva donde quiera que le empuje la suerte, cargado con sus maletas y atestados los bolsillos de apuntes, cartas, cuentas y encomiendas.

El tipo abunda y para conocerlo de cerca y hasta palparle si quereis, venid conmigo á situaros en la puerta del escenario. Miradle, ya llega.... ¡Pocas romanzas que habrá costado esa levita! Y si además quereis cercioraros de cuanto llevo dicho, seguidle ahora paso á paso, y dareis mil parabienes á mi excelente maquinilla fotográfica. Baño el negativo, fijo la prueba, la entono, saco el retrato, y ahí le teneis expuesto en la más flamante cartulina que poseo.

(Stbre., 1890).

FEDERICO VILLOCH.

## MOLECULAS.

Los ruegos que recibe San Antonio,  
suele al fin concederlos el demonio.

Que los poetas no lloran,  
afirmas, niña hechicera.  
¡No sabes que son los versos  
el llanto de los poetas!

Ignoro, á la verdad, cómo se llama;  
pero fué un sabio el que inventó la cama.

En una casa de locos,  
preguntó un niño á su madre:  
—Mamá, ¿porqué los encierran?  
—Porque dicen las verdades.

Maldice su perfidia, si aún la quieres,  
y sufre con valor, pero no llores;  
que después de la edad de los amores,  
llega siempre la edad de los placeres.

El amor es un viaje de recreo  
en el tren insaciable del deseo.

(Stbre., 90.)

JUAN B. UBAGO.

## SÁTIRAS.

Con nobleza te armo guerra:  
entre cuanto disparatas,  
algo escribes que algo encierra.  
El ganso, al pisar la tierra,  
hace estrellas con las patas.

No me extraña que tu llanto  
no se note cuando lloras;  
porque el fuego de tus ojos  
tus lágrimas evapora.....

En tus versos, Gaspar, no eres la alondra  
que tiene elevación y canto propio;  
eres como el sinsonte, que rastrea  
y brilla con los trinos de los otros.

¿Que no das el *si* bemo!?  
Pues por eso no te enojas;  
como me lo des á mí,  
le encuentras muchos bemoles.

¡Oh hermanos y maridos pudibundos  
que os indigna una simple anacreóntica,  
y dejais vuestras niñas con sus novios,  
cuando no las llevais á *La Mascota!*....

Mira si seré demócrata,  
que no me gusta, Juliana,  
ver el retrato del rey  
ni en los sellos de tus cartas.

No me acierto á explicar que no seas buena,  
teniendo de hermosura ese tesoro;  
serás como el insecto que almacena  
mortal veneno en su coraza de oro.

Verá V. á esos valientes  
que hablan tanto de la patria,  
como cojen el fusil  
cuando venga la campaña....

Receta para ser tiple  
y lograr aplauso y oro:  
no tener voz, tener piernas,  
¡y ser virgen, sobre todo!

No te arrobe la música del verso,  
huérfana de pasión y de sentido,  
hija del labio, frase brilladora  
que no llega al cerebro ni al espíritu;  
busca tras de la mente alguna idea,  
y tras del corazón, algún latido.

(Stbre. 25 del 90.)

MANUEL S. PICHARDO.

## BEJUQUITO.



BEJUQUITO es hijo del acaso, como tantos otros de su especie. Por su aspecto, acusa la mezcla de dos razas, equilibrándose en él, perfectamente, la sangre caucásica y la etiópica. Ello es que en este punto obscuro de su origen, estriba todo lo que podríamos llamar vida privada de Bejuquito.... Ah! también tiene otra faz misteriosa, y es su nombre de pila: casi todos lo ignoran, y le llaman Bejuquito, apodo que alguien le puso al verle tan flacucho y desmedrado.

Fuera de los misterios referidos, nuestro rapaz es el ente más diáfano y popular de la ciudad. Regidores hay que no son tan conocidos como él; vive en la calle, concurre á todos los espectáculos, se acerca á todos los grupos y silba todas las danzas, sin perjuicio de darle á la pelota, haciendo de *catcher* que es el puesto que le agrada.

Vedle sin sombrero, con su ripioso traje de color indefinible, y arrastrando enormes chancletas agujereadas, que algún providencial basurero hubo de proporcionarle.... No hay que decir á donde va; ha oído la corneta, y capitaneando una bullanguera turba de su pelaje, tan pronto como el piquete de tropa se pone en movimiento, abre él la marcha llevando con un palo el compás de los tambores.

Y esto lo hace siempre, ya se trate de un viático, de una procesión, de una revista ó de un entierro. Su actividad se reparte entre todos por igual. Sois padrinos en un bautizo, y la primera mano que se extiende pidiendo el medio, es la de Bejuquito; llegais al paradero, y el primer brazo que penetra en el carruaje para coger vuestra maleta, es también la de Bejuquito.

Si vais á un *match* de pelota, forzosamente os fijareis en una voz que, profanando la lengua de Byron, surge del tendido de sol y se sobrepone á las demás, pidiendo un *roli*, un *gil*, ó algún otro anglo-barbarismo de este jaez.... Inútil es decir que se trata de la voz de Bejuquito.

Nada de lo expuesto le quita lugar para ir á la bodega por

un real de frijoles ó cebollas, al que saca dos contras en dos partidas de á medio, aparte del pedazo de queso ó jamón que hurta al volver la espalda el bodeguero.

Una vez en la calle, no creais que toma la línea recta y se dirige decididamente hacia su casa; no, va haciendo zig-zags, y si puede sustraer un dulce al poner el chino su tablero sobre la acera para despachar al marchante, carga descaradamente con la apetitosa golosina; si encuentra un caballo en su ruta, no puede eximirse de tirarle del rabo; si pasa un pordio-sero, muy distraído ha de ir el pillete para que le perdone el vuelco del zurrón, y si topa con un sereno dormido en el dintel de una puerta, ¿cómo evitar el impulso de apagarle el farol, jugada que constituye el placer más intenso y la emoción más exquisita de su vida callejera?

Tal es Bejuquito, el pilluelo de nuestras calles. Libre, feliz é independiente, para él no se han hecho ordenanzas municipales, ni guardias, ni asilos, ni cosa que se le asemeje. Con la misma ropa y las mismas chancletas le recibe Enero que le despide Diciembre. Bullicioso, descarado y alegre, por naturaleza, tanto le da alborotar en una procesión, como en una comparsa carnavalesca. Aunque parece ser una mezcla de incomprensible de aficiones distintas, suelen manifestársele dos con caracteres más enérgicos y pronunciados; la propensión á la ratería y el instinto de la música. No hay objeto ó golosina que no hurte si se le pone al alcance de la mano; no hay danza que inmediatamente no se le pegue en el oído. Entre esos dos dilemas oscila su impenetrable porvenir: White ó Ma-tagás; el artista ó el bandido.

(1890)

NICOLÁS HEREDIA.

EPIGRAMAS.

I

—¿Sabe usted que un *Tío Vivo* tiene Paco Villalodos?  
—¿Y á mi qué me cuenta usted?; yo los tengo vivos todos.

II

Que tus artículos son de primera intención, Vera, es general opinión.  
¡Que van á ser de *primera!*, ni tampoco de *intención*.  
(Sbre., 90).

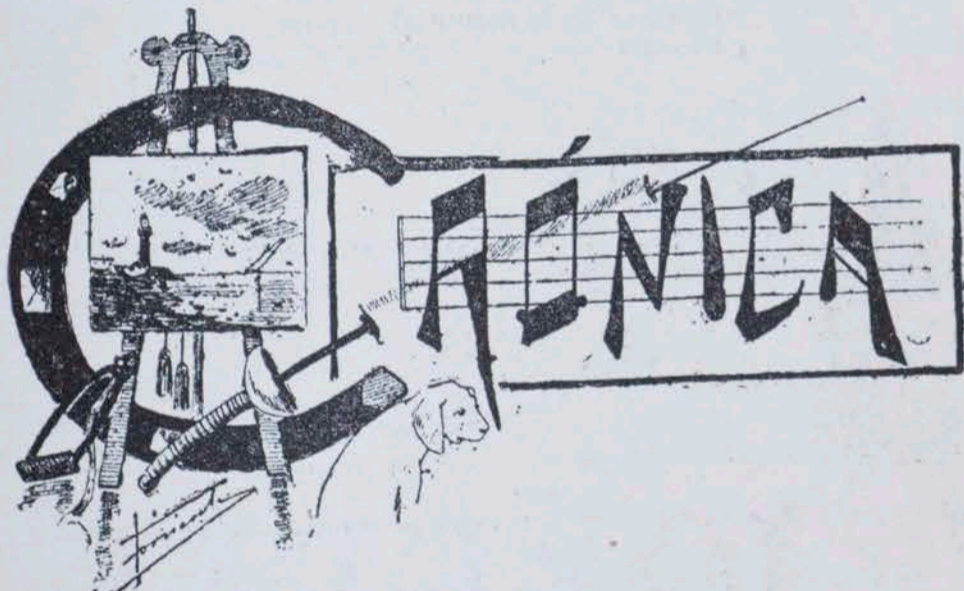
III

—En Rusia, la emperatriz, parece que es la Czarina  
—¡La pobre!—dijo Muñiz—  
¡qué enfermedad! . . . ¡lazarina!

IV

—La viuda de Primitivo, ¿tuvo hijos con el difunto?  
—Si es que los tuvo, barrunto que sería con el vivo.

A. ANGELET.



Ya empiezan á anunciarse algunas reuniones. Muy pronto tendrá lugar una deliciosa en casa de los Condes de Fernandina.

Los Marqueses de Balboa recibirán este invierno los días 21 de cada mes, en su lindo palacio de la calle de Egido.

Repuestos ya sus niños, el próximo día primero reanudará sus recibos la distinguida y elegante señora del General Polavieja. Lo mejorcito de la Habana acudirá al gran salón rojo, que se animará como en sus buenos tiempos.

Y el Sr. Fernández, atento y querido Alcalde de Mariano, después de la excitación que le hiciéramos en el número anterior, se ha decidido á aceptar el asalto de las temporadistas.

¡Y qué remedio!

No conozco santa más favorecida que Nuestra Señora de las Mercedes. ¡Cuidado que hay Mercedes en nuestro mundo elegante!

El día 21 pude convencerme. Yo no sabía que se celebrase á tan celeste señora, por eso dejé de saludar á todas sus *patrocinadas* y, cuando lo supe, me enteré que la lista de las Mercedes es interminable.

Dicen que «nunca es tarde etc.», y, aprovechando el refrán, cumplo felicitando hoy á la Sra. de Mendoza, á la señora Marquesa de O'Reilly, Echarte de Díaz, viuda de Ramiro, y á mis buenas amigas las señoritas Mercedes Romero, Mercedes Güell y Mercedes Soto Navarro. A todas deseo que les *mercede* el cielo dichas sin cuento.

Los beneficios de María Nalbert y Pilar Quesada han sido dos acontecimientos teatrales; mucho público y muchos aplausos. Ahora, hasta Roncoroni, que, según noticias, no tiene nada de Burón, digo, de ronco.

\*\*\*

Y exhausto de asuntos mundanos, lleno la crónica con estos

RETAZOS.

Cuando un hombre engaña á una mujer, el mundo dice: «¡Miserable!» Si, por el contrario, el engañado es el hombre, entonces dice: «Sus motivos habrá dado! . . . »

Para el hombre, hasta los 40 años, la mujer es un *artículo de primera necesidad*; después es sólo un *artículo de lujo*. Para algunos, nunca pasa de ser un *artículo de fantasía* . . .

Las coquetas, son como esas flores de hermosa corola, que crecen entre los zarzales; se desgarran uno la piel por llegar á ellas, y, cuando, al fin, se poseen, se apercibe uno, con desencanto, de que no tienen perfume! Entonces, se arrojan y, algunas veces, caen en el fango.

Los hombres tenemos el honor en el rostro; las mujeres en el moño. Nosotros nos pegamos de cachetes; ellas se arrancan las greñas.

Alguien ha dicho que el estilo es el hombre; sin embargo, algunas veces el estilo no es más que *la careta* del hombre.

El colmo de la avaricia: ¡No hablar por no gastar saliva!  
El colmo de la caridad: Depositar una limosna en un cepillo . . . de dientes.

El de un hombre sobrio: Beberse . . . los vientos.  
El de una costurera: Hacer un *pepunte* con la aguja . . . de marear.

El de la galantería: Ofrecer á una dama la rosa . . . náutica.

Así como en el juego se conoce la educación del hombre; en el baile se conoce su temperamento.

La casaca es, para algunos, un uniforme; para otros, una librea, y para muchos, un tormento.

La mujer es el ángel que baja á la tierra con más facilidad.

Dicen que los ojos son «el espejo del alma.» No lo creo. Hay mujeres que tienen los ojos negros y sombríos y tienen el alma blanca.

Ojos que siempre rien, son signo seguro de un corazón que no sabe llorar.

En la sociedad se ha perdido la costumbre de llamar las cosas por su nombre.

El adulterio se llama locura.  
La imprudencia, valor.  
El amor propio, dignidad.  
La difamación, crítica.  
La estafa y el robo, calaveradas.  
La mentira, error.

Una de las reformas que tendrá que ver el siglo XX será la abolición del duelo. Otra, la del matrimonio. Son dos cosas inútiles, dos costumbres anticuadas.

El destino de la mujer parece que es sufrir. De madre, sufre por nosotros; de esposa, con nosotros, y luego, hacemos sufrir á nuestras hijas.

El hombre que, sin un motivo serio, juega su vida al azar de un desafío, es capaz de jugar su honra á los dados.

Siempre me ha llamado la atención los muchos puntos de contacto que existen entre los hombres y las serpientes venenosas.

Como entre los hombres, hay entre las serpientes algunas que muerden y atacan por gusto, rabiosas, encarnizadas. Esas son las menos temibles. Hay otras que permanecen inmóviles al borde del camino y sólo atacan cuando son agredidas; pero entonces, cuando muerden, matan.

RAOUL CAY.

LA CAMELIA.

JOYERIA, PLATERIA, PERFUMERIA, OBJETOS DE ARTE Y FANTASIA

MENDEZ Y COMPAÑIA

15½, San Rafael 15½.

HABANA.

**AUTOGRAFO.**

La violeta.  
 Yo vivo entre la yerba sin ambicion ni envidia,  
 modestas son mis hojas, modesto mi color;  
 pero ay si en tus cabellos me llevo a ver oh virgen!  
 sere la mas soberbia, la mas hermosa flor.  
 Jose Fornari  
 1887.

**RETAZOS.**

Ningún remedio cura la gota con la seguridad de las *Píldoras y los Polvos de Lartigue*.  
 10 francos el remedio.—Fumouze.—78, Faubourg Saint Denis.—París.

Decía un célebre médico que el único medicamento que prescribía él para curar la gota eran las *Píldoras de Lartigue* con base de colchico, porque con ellas había obtenido la curación completa de muchísimos enfermos que padecían de ese mal.

10 francos el frasco.—Fumouze.—78, Faubourg Saint Denis.—París.

De venta en la gran Droguería del Dr. Johnson, calle del Obispo número 53.

Generalmente la única herencia que los reyes dejan a los pueblos, es su retrato; pero eso sí, una copia fidelísima de su augusta individualidad; ahora bien, fácilmente se comprende que el artista encargado de legar a la posteridad la *vera efigie* del que fué padre ó verdugo, ha de ser una notabilidad, y por eso los monarcas acuden a los hombres que como nuestro distinguido fotógrafo señor Castellote, reproducen con pasmosa identidad los más imperceptibles detalles de cada fisonomía.

Ayer hemos sido sorprendidos con la tristísima noticia de que el Sr. Miguel C. Gonzalo, propietario de la relojería el *Sol*, ha celebrado una *intervista*, con el espíritu de uno de los muertos en las últimas refriegas de Buenos Aires y que éste le ha comunicado que los designios supremos le exigen (a Gonzalo) que en obsequio a los habitantes de Cuba y para mengua de todos los relojeros y joyeros, realice todos los tesoros que su *Sol* encierra.

Miguel C. Gonzalo, obediente a los mandatos superiores, ha rebajado considerablemente los precios y está a la disposición de la población para que visite su casa, calle de Obispo número 102.

Ha recibido *La Sociedad Moderna*, una colección de nuevas corbatas que son un primor de elegancia y buen gusto. *Arriaza y Selma*, hacen verdaderos esfuerzos por satisfacer las exigencias de la moda. Merece verse; una visita a Obispo 105, entre Alameda y Compostela.

*Vino de Papayina de Gandul*. Están llamando a menudo la atención las milagrosas curas que hace en los males del estómago que son el tormento de los hombres de letras y de los que llevan una vida sedentaria por necesidad. Esos males tienen en el *Vino de Papayina*, un adversario terrible. Para las Sras. que están en cinta, no hay en verdad, otro remedio más eficaz para contener los vómi-

tos que su estado produce; un cúralo todo, como quien dice. Su depósito especial, Neptuno 233, y en todas las farmacias.

Los chocolates de *Matías López*, siguen siendo objeto de muchas celebraciones de todas las personas que lo toman, que son ya todas las que saben apreciar lo bueno. El depósito de tan apreciado chocolate, está situado en la calle de O'Reilly núm. 50, pero pueden VV. pedirlo en todos los cafés y *restaurants*; como que es lo más rico que puede tomarse.

*La Sociedad*, de Fargas, es ya una pesadilla para los elegantes; todos sueñan con ella; y es que allí obtienen lo que no pueden obtener en ninguna parte. Una visita en casa de los hermanos Fargas, y se quedarán encantados del gran surtido de casimires para la temporada de invierno, y sus precios, como siempre, reducidos.

Llamamos la atención sobre los magníficos helados que hace *La Josefita*, y sobre todo, uno que se llama *crema-Figaro*, pues todas las noches se ve concurrida esa simpática lechería, por personas de gusto y que saben donde se encuentra lo bueno. Quiéren VV. saberlo también. Pues en Angeles núm. 7.

La sociedad se desquicia, la familia se desmorona, el capital se deshace, la bancarrota es inminente. ¡Ah, qué hacer! Todavía hay un consuelo. *La Segunda Italia*, de D. Manuel Ruiz. ¿No os dice nada? Sí, os dice que debéis haceros ropa en esa casa, calle de San Rafael esquina a Amistad.

Roncroni ha sentado sus reales en el Gran Teatro de Tacón, y promete darnos a conocer lo mejorcito del teatro italiano; pero todos los elegantes deben de acudir a casa de *J. García Casariego*, para que les haga una corbata a lo «Figaro», a lo «Habana Elegante» ó a lo «Círculo Habanero». Con que ya lo sabeis, en O'Reilly 94, está Casariego.

En toda época tenemos un COMPLETO surtido en mercancías de PRIMER ORDEN, que recibimos directamente de París y Londres.

**HABANA ATEIN Y COMP<sup>A</sup>**

92.—AGUIAR—92.  
 HABANA.

“LA REINA,” CAMISERIA.  
 VENDE LO MAS SELECTO EN CAMISAS Y CALZONCILLOS, &, &. CALLE DEL OBISPO NUMERO 81½.